

EL GUARDIÁN DEL SILENCIO

El último día.

Nadie creyó que el final llegaría tan silenciosamente. No hubo una gran explosión, ni una señal clara en el cielo.

No cayó ningún meteorito ni se abrió la tierra bajo los pies. El fin llegó como una enfermedad lenta, como un suspiro que se apaga al quedarse sin aire. Los gobiernos cayeron en semanas, los sistemas colapsaron sin siquiera luchar, y la humanidad, demasiado tarde para redimirse, desapareció sin ceremonia.

Los océanos fueron los primeros en rendirse. El calor los volvió pozos de vapor hirviente, cubiertos por una bruma tóxica que asfixiaba a todo lo que osara acercarse. Luego, los bosques, resecos tras años de sequías, ardieron sin necesidad de fuego. Las llamas nacían solas, como si la tierra ya no pudiera soportar su propio peso.

Las últimas transmisiones hablaban en susurros rotos. Había palabras como “esperanza”, “refugios”, “arcas”, pero eran mentiras suaves, construidas para calmar al rebaño mientras caía el telón. Los ricos escaparon a estaciones orbitales, los científicos se encerraron bajo montañas, los demás... simplemente se extinguieron.

La fauna, sin humanos, tampoco resistió. Los ecosistemas estaban demasiado alterados, demasiado frágiles. Uno a uno, los animales desaparecieron: primero los grandes, luego los pequeños, hasta que sólo el zumbido de los insectos, persistentes y testarudos, quedó como testigo de un mundo que se deshacía.

Y luego, ni eso.

El maravilloso Planeta Azul quedó cubierto por un tupido velo. La Tierra quedó muda. Se había convertido en un desierto de ruinas, óxido y polvo bajo un cielo de ceniza.